



CUALIDADES DEL DEVOTO DE DIOS

—Parte II—

Por Claudio Dossetti

Las buenas cualidades, es decir, las cualidades que ayudan a que estemos más cerca de Dios, de uno u otro modo se hallan presentes en cada uno de nosotros desde nuestros primeros pasos en el sendero espiritual. Sin embargo, a menudo se encuentran de un modo incipiente, es decir, son como semillas que deben desarrollarse, para lo cual necesitan ser cuidadas y alimentadas, tal como se hace con el tierno brote de una planta.

Por ejemplo, en cierta medida todos poseemos la cualidad de la compasión. Pero por lo general se trata de una compasión limitada, o mejor dicho, una compasión que aplicamos sólo en los casos en los cuales nuestro ego da su aprobación. Con aquellos seres hacia quienes siento algún tipo de afecto, soy bueno, paciente y compasivo, en cambio, es poca la paciencia y compasión que demuestro hacia quienes me producen alguna clase de rechazo. Se trata de una compasión niña y selectiva, aún no es una compasión madura y universal.

Cuando el *Bhagavad Gîtâ* nos habla de las cualidades del devoto no es sólo para que conozcamos cuáles son y cuáles sus nombres, sino para que hagamos todo lo posible por lograr que germinen y crezcan sus semillas, las cuales han sido sembradas por Dios mismo en el campo de nuestro corazón. Ese esfuerzo por desarrollar lo bueno que habita en nosotros es esencial en la Senda Divina. Este esfuerzo devoto y consciente es lo que nos ayuda a que las sagradas enseñanzas que escuchamos de labios de nuestro *Guru* dejen de ser meras palabras habitantes de la superficie de nuestra mente, y pasen a ser perpetuos moradores de nuestro corazón.

Siempre sucede que las circunstancias en las cuales Dios nos pone son las más adecuadas para desarrollar una u otra de estas cualidades divinas. Pero suele ocurrir que, cuando nuestro ego (*Ahamkâra*) se halla incómodo en dichas circunstancias, trata de escapar —por así decir— de ellas, y lejos de mejorar, empobrecemos nuestras posibilidades de aproximación a la Vida Divina. Cada situación que se presenta en nuestra vida es como un buen maestro dispuesto por Dios Mismo para enseñarnos alguna buena cualidad. Pero si tratamos de huir o queremos evitar afrontar ciertas cosas que se nos presentan, no sólo dejaremos de ascender en la escala espiritual, sino que descenderemos de ella, ya que estaremos haciendo caso omiso a las buenas indicaciones que nos brinda el Divino Señor.

Así, deberíamos tratar de aceptar con devoción, contentamiento y paciencia todo cuanto nos sucede: es el mejor modo de divinizar nuestro corazón.

En el Estudio anterior habíamos comenzado a describir las cualidades que debería poseer el devoto de Dios tal como son enunciadas en el Capítulo XIII de nuestro *Bhagavad Gîtâ*. Habiendo hablado ya de las cuatro primeras continuaremos ahora con las cuatro siguientes, basándonos, como siempre en las notas pedagógicas que nuestra Madre nos ha brindado.

1) *Ârjavan*: Rectitud. También significa franqueza, honradez, transparencia, honestidad, simplicidad, diafanidad en la vida y sinceridad. Es presentarse ante los demás tal como se es, sin adoptar falsas apariencias. En quien posee la cualidad de *Ârjavan* no hay diferencia entre sus obras, sus palabras, sus pensamientos y sus sentimientos, ya que todos ellos forman una unidad alumbrada por la luz de la verdad. Al hablar se expresa de un modo diáfano y simple, utilizando palabras sencillas, bien entendibles y que posean un significado que sea idéntico a lo que siente su corazón. Al obrar es abierto, carece de temor y no realiza obras que se contrapongan a sus palabras. Poseer *Ârjavan* es estar en cercanía de lo Divino: es una expresión de la confianza en Dios allende las capacidades de la mente y el intelecto para transitar por la senda de la vida. *Ârjavan* nace de la certeza de que vivimos en Dios, que todo

cuanto nos rodea es Dios, y que es Dios quien nos cuida y protege en todo momento. Además nos otorga paz, ya que de la transparencia en el actuar se eleva un estado natural de quietud y serenidad en nuestro interior. *Ârjavan* también es inocencia en el paso por la vida.

2) *Âchârya Upâsana*: Devoción hacia el Maestro Espiritual. Este amor espiritual por el Maestro es la esencia misma del Sendero Divino. Se trata de una devoción simple y pura, que nace de lo profundo de nuestro corazón, y en la cual la fe tiene primacía por sobre las opiniones de nuestra mente. Esta devoción se expresa exteriormente de dos modos principales. Uno de ellos es el servicio al *Guru* (*Sêvayâ*). Se trata de un servicio real, es decir, es esforzarse por brindar al Maestro lo que éste precisa, con un corazón límpido, y pensando más en el bienestar del Maestro que en el propio. Una de las características de este servicio es la constancia, la cual es hija del sentimiento y no de la emoción pasajera. Es decir, es un servicio verdaderamente desinteresado, serio, correcto, sincero y que sea de utilidad para el *Guru*. Difundir con devoción la enseñanza espiritual tal como ha sido enseñada por el *Guru*, sin trastocarla ni interpretarla de acuerdo nuestras preferencias personales, es un maravilloso modo de servicio al Maestro. La otra forma en la cual se manifiesta *Âchârya Upâsana* es la obediencia (*Anugatâya*). Se trata de una obediencia nacida del

verdadero afecto, el cual sólo surge cuando nuestro *Guru* ocupa una posición central en el santuario de nuestro corazón. A veces ocurre que somos obedientes a nuestro *Guru* cuando los pedidos de éste no se contradicen con los pedidos de nuestro ego, pero dejamos de serlo si creemos que interfieren con nuestros deseos personales. Esta es una obediencia un tanto externa y decorativa que no implica grandes compromisos de nuestra parte: aún no ha llegado a ser una obediencia real. Dicen los sabios que muy pocos discípulos son capaces de tal obediencia real, la cual coincide con una devoción completa y real, y coincide también con una gran sumisión a la Voluntad de Dios. Como principiantes en el Sendero Espiritual, deberíamos tratar de desarrollar con alegría en nuestros corazones la santa cualidad de *Âchârya Upâsana*; si lo hacemos con humildad, amor y sinceridad, Dios Mismo nos guiará por el buen sendero.

3) *Shaucham*: Pureza. Hay dos clases de pureza: externa e interna. La externa consiste en la pureza del cuerpo físico, es decir, la envoltura más densa de todas las que cubren a nuestro Espíritu. Se enseña que los discípulos deben esforzarse por llevar una vida frugal, sencilla, pulcra y ordenada, todo lo cual — si es acompañado por el recuerdo constante de Dios—, contribuye a cultivar el sosiego y la pureza interna. Esta última es más difícil de lograr, y también es más importante que la pri-

mera. La pureza interna consiste en tener buenos pensamientos y sentimientos. Si percibimos que en nuestro corazón se acumulan sentimientos de rencor hacia alguien, o celos, o envidia, o algún tipo de resentimiento, significa que nuestro interior no está muy limpio. Cuando ello ocurre deberíamos asearlo lo antes posible, ya que si no lo hacemos, poco a poco, y sin que nos demos cuenta, nos iremos alejando de las cosas buenas y espirituales. A nuestro cuerpo lo limpiamos con agua, a nuestra habitación con una escoba, y a nuestro corazón con sentimientos de amistad, compasión y bondad. El purificador por excelencia de todos los corazones es el recuerdo constante de Dios. Cuando la Luz de Dios ingresa en nuestro interior, los malos pensamientos se van por sí solos, del mismo modo en que las sombras se van cuando sale el Sol.

4) *Sthairyam*: Perseverancia; es estar bien establecido en el Sendero Divino. Consiste en mantener nuestra mente y sentidos dirigidos hacia Dios, con firmeza, resolución y constancia a lo largo del tiempo; es decir, hacer todo lo posible por mantenernos ocupados en las cosas divinas a lo largo de toda la vida. Es esforzarnos por hacer que nuestros hábitos mundanos vayan siendo reemplazados por hábitos divinos (es decir, transmutar los *Vrittis* mundanos en *Vrittis* espirituales). Por ejemplo, proponernos meditar diariamente durante un tiempo determinado (aunque sea breve) y a una hora determinada, y

preferentemente en un mismo lugar, y mantener esta disciplina durante muchos meses, y luego, durante muchos años, es *Sthairyam*. Las tendencias de nuestra mente se construyen a partir de nuestras obras. Si perseveramos en la realización de obras espirituales (como meditar en el Señor, cantar a Dios, enseñar sobre temas espirituales, leer Libros Sagrados, etc.), las tendencias de nuestra mente poco a poco se irán inclinando hacia lo Divino, y comenzaremos a buscar compañías espirituales y modos de acercarnos a lo sagrado. Esa perseverancia en la Senda Divina es *Sthairyam*. En la vida suelen ocurrirnos diversos sucesos que nos causan angustia, tristeza, tribulaciones, etc., o bien puede sucedernos que nos veamos obligados a llevar a cabo muchas tareas mundanales que no podemos ni debemos evitar, sin embargo, no por ello deberíamos dejar de reflexionar continuamente sobre las enseñanzas que hemos recibido de nuestro *Guru*, ni dejar de estudiar los Libros Sagrados, ni abandonar nuestras disciplinas espirituales. Ese perseverante y continuo recuerdo de Dios, que es lo Real, también es *Sthairyam*. Cada uno de nosotros, en la medida de lo posible, debería fijarse un modo de vida divino, y perseverar en él con humildad, constancia, discernimiento y, por sobre todas las cosas, con una serena y continua devoción.

* * *

Si el Divino Señor así lo quiere, en el próximo Estudio seguiremos recordando las cualidades que debería poseer el devoto buscador de Dios.

¡Quiera el Señor que las cualidades elevadas y espirituales tengan siempre albergue en nuestro corazón!

Om. Paz, Paz, Paz.

*Por el Prof. Claudio Dossetti
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
